

inspirado á tantos grandes hombres, y pavoneándose con los sistemas pomposos, ingeniosos, severos, de Platon, de Aristóteles, Zenon y otros filósofos, juzgaba que nada le era imposible, y esperaba firmemente que ni las alturas del cielo, ni las profundidades de la tierra permanecerian inaccesibles á su mirada; que ella sabria romper todas las cubiertas, penetrar en todos los repliegues y estrechar á la verdad hasta en sus últimos atrincheramientos. Y he aquí que una voz le grita sin piedad: Razon, tú eres frágil, tus alas son demasiado cortas para subir á los cielos, tu vista demasiado débil para sondear los abismos de lo verdadero; por todas partes nebulosos vapores te ocultan la luz, engañosas imágenes burlan tus pesquisas, tus sabios son insensatos, tus filósofos soñadores enfermos, y todos sus sistemas vanas teorías, sin autoridad. Yo destruiré la sabiduría de tus sabios, yo rechazaré la ciencia de tus eruditos, yo salvaré al mundo desconcertando todos los racionios, y escogeré lo que no era nada para destruir lo que hay mas grande; y fuera de mí ninguno encontrará la fe y la vida moral. Este lenguaje estaba muy lejos, sin duda, de agrandar á la razon, tan celosa de su independencia y acostumbrada hacia mucho tiempo á hablar como soberana en los espíritus. ¿Cómo habia de consentir en resignar su cetro, doblar su cabeza bajo el yugo y ocultar su antorcha ante claridades desconocidas? Así es que, rechazando la cruz con furor, levantará el ejército de sus filósofos y perseguirá sin descanso á la que la amenaza de arrojarla de su trono usurpado.

La cruz en efecto se presentaba como un poder superior, ante el cual todo otro poder, cualquiera que fuese, estaba obligado á inclinarse. Pero si la razon quiere su independencia, el poder material es estremadamente celoso de ella, y ademas, lejos de encontrar como la razon en su propia debilidad la necesidad de la tolerancia, bebe en el sentimiento de su fuerza positiva, un orgullo impaciente de rivalidad ó de contradiccion; quiere ser único y tener espeditos sus me-

dios. Entretanto la cruz, dejándole toda su parte legítima de dominio, quiere tener el suyo, y este es el mejor. Al poder material corresponde la fuerza, pero á la cruz pertenece la direccion de esta fuerza en el vasto campo del bien y del mal. De allí nace la superioridad de la cruz, y de allí nacen tambien la oposicion y el odio del poder temporal. El dia en que aquel que está dirigido resiste á la direccion, comienza la lucha, y esta lucha no puede dejar de ser terrible si la direccion se apoya en un principio eterno que ninguna fuerza es capaz de conmover. Pero tal es el nuevo orden que la cruz introduce en el mundo. Asentado en lo sucesivo el poder espiritual sobre la verdad infalible, dejará de ser una palabra vana; el alma tendrá sus derechos ciertos é imprescriptibles, y el poder material estará obligado á respetarlos. Con todo, él no se dejará arrebatar su antigua independencia, no sufrirá que se le despoje de su antiguo dominio sobre el hombre, en todos sentidos, sin haber sostenido combates encarnizados; y sin que arroyos de sangre hayan corrido antes que él abdique la autoridad absoluta de las conciencias.

Proclamando la libertad del alma, la cruz se crea en cada hombre un nuevo enemigo; porque la conquista de esta libertad pide corazones resueltos y exige penosos sacrificios. En el hombre existe, en efecto, como ya hemos dicho, un principio funesto, que habiendo desnaturalizado su sentido moral, le hace encontrar placer en las cosas criminales, y lucha sin cesar contra las buenas tendencias de la naturaleza. Cuando predomina este mal principio, el alma es esclava; y viniendo á ser para ella el deber un yugo insoportable, rehusa someterse á él por mas tiempo. Pero la cruz se presenta y hace oír su voz, reprendiendo y dando ánimo al mismo tiempo; voz imperiosa, voz importuna, que establece en el corazon una guerra intestina y continua. Ella habla de virtud á los que se hallan sumidos en la molicie, de penitencia á los amigos del deleite, de abnegacion á los hijos perdidos del egoismo. ¿Cómo podrá escuchársela? ¿No es de temer

que todos esos, vencidos de la carne y turbados en el apacible goce de sus culpables placeres, se irriten contra la que viene á reprochárselos, y combatan para mantenerse en la vergonzosa, pero seductora esclavitud de las pasiones? ¡Ah! no son raros esos hijos ciegos que se encolerizan contra una madre afligida que procura apartarlos del abismo del vicio: serán mucho menos raros todavía los que se indignen de los sabios consejos, de las saludables exhortaciones de la cruz y se esfuerzen en hacer desaparecer de la tierra el divino símbolo de la libertad regenerada por el sacrificio.

Nosotros hemos contado á Satanás en el número de los enemigos de la cruz, y entre ellos debe estar colocado en primera línea. En efecto, cuando las tradiciones sagradas y profanas nos han enseñado, de comun acuerdo, cuál es el papel que ha representado en los destinos de la tierra, no se puede dudar que el instigador de la falta, no haga todos sus esfuerzos para oponerse á la rehabilitación; porque la rehabilitación debía ser, como dice San Juan, la destrucción de sus obras.<sup>1</sup> Así, pues, lo vemos prepararse desde el principio á la guerra contra el Hijo de Dios. Después de haber procurado perderle por medio de las astucias de la tentación, él se esfuerza en pervertir á sus discípulos con sugerencias infernales; subleva contra él todas las malas pasiones, é impulsa, en fin, á Judas y á los judíos, á cometer el mas horrible de los crímenes. Pero la sangre del Justo va á caer sobre el que la ha hecho verter; la cruz va á arrojar á Satanás de este mundo, donde tan largo tiempo, insultando á Dios, había reinado como señor absoluto. ¿Cómo el espíritu del orgullo soportará la humillación que le espera? ¿Qué! ¿es el patíbulo que ha hecho erigir sobre el Calvario el que va á elevarse contra él?... ¿Será cogido en sus propias redes, y habrá preparado su propia ruina? No, no: él no soportará tanta deshonra; él defenderá palmo á palmo su vasto imperio, y si sucumbe, no será sin haber organizado una formidable resisten-

1 1ª Epíst. de San Juan.

cia. San Pablo lo sabia y enseñaba á los primeros cristianos, “que tenían que combatir, no contra hombres de carne y sangre, sino contra los principados, contra las potencias, contra los príncipes del mundo, es decir, de este siglo tenebroso, contra los espíritus de malicia esparcidos en el aire; exhortándoles á revestirse de todas las armas de Dios para poder defenderse de las asechanzas y los artificios de Satanás.”<sup>1</sup> Los demas apóstoles usaban el mismo lenguaje. Santiago les advierte que deben pensar en resistir al enemigo infernal: San Pedro se los pinta como un leon rugiente que da vueltas sin cesar en derredor de ellos y que quiere devorarlos; y San Juan en su Apocalipsis, les revela las espantables luchas de la antigua serpiente contra el Cordero inmolado.<sup>2</sup> Satanás será, pues, el enemigo natural de la cruz; y será necesaria la protección permanente de Jesucristo, para impedir que las potencias del infierno no prevalezcan contra su Iglesia. “Desde el presente, decia aún San Pablo, el misterio de iniquidad se forma, esperando solamente para manifestarse, que lo que ahora lo retiene haya desaparecido: y cuando el día de la apostasía haya llegado, cuando el hombre del pecado, armado de la fuerza y de los prestigios de Satanás, elevándose sobre todo lo que es llamado Dios, se habrá hecho adorar hasta en el templo de Dios; entonces será necesario que el Señor Jesus mate al impío con el soplo de su boca, y le destruya con el resplandor de su presencia.”<sup>3</sup> Sin embargo, después de todos estos enemigos, después de Satanás mismo, viene un enemigo todavía mas implacable y terrible, y que cosecha todo lo que aquellos han economizado: este enemigo es la Muerte. “La muerte, esclama Horacio, nos reclama junto con nuestras obras; las obras de los mortales perecerán. *Debemur morte nos nostra que; mortalia facta pe-*

1 Epíst. á los de Éfeso, cap. 6. y 3.

2 Epíst. de Sant., cap. 4.—1ª Epíst. de San Pedro, cap. 5.—Apocalip. de San Juan.

3 2ª Epíst. á los Thess., cap. 2.

*ribunt.*"<sup>1</sup> Introducida por el pecado, esta ley fatal pesa sobre nuestro desgraciado globo, y mata y destruye cuanto toca. Dádole ha sido al hombre provocar la vida, pero es impotente para salvarla de la muerte. Todo lo que nace, muere: la escena del mundo cambia sin cesar: los individuos, las familias, los imperios perecen y desaparecen; los monumentos de las artes, las artes mismas, los idiomas, las instituciones, las religiones sufren la misma suerte: la muerte les espera con la boca abierta y los devora alternativamente. La cruz tenia que ser necesariamente objeto de los ataques del cruel tirano que desola la tierra. "Jesucristo, dice San Pablo, debe reinar hasta que Dios haya puesto á todos sus enemigos bajo de sus piés; y la muerte será el último enemigo que será destruido."<sup>2</sup> Al mismo tiempo, canta con transporte la destrucción del poder odioso, bajo el cual ha gemido después de su caída nuestra raza infortunada: "¡Oh muerte! esclama, ¿dónde está tu victoria? ¡Oh muerte! ¿qué ha venido á ser de tu aguijon?" Así, pues, la cruz no solo debía estar espuesta á los golpes de la muerte, sino que aun desafiándola irónicamente, prediciéndole una derrota cierta, provocaba mas su furor. ¿No presumia demasiado de sus fuerzas, no se entregaba á las vanas jactancias de un orgullo insensato, cuando ya al punto de medirse con un adversario que hasta entonces habia abatido todo, se lisonjeaba de reducirle y anonadarle para siempre? La muerte va sin duda á reunir todos sus dardos, va á llamar á todos sus auxiliares, á preparar, en fin, todos sus medios para contestar valientemente al terrible reto que la amenaza.

Hemos ya colocado en batalla á los enemigos de la cruz: ellos avanzan llenos de resolución; el combate va á comenzar; combate encarnizado, en que ha de decidirse en las formidables regiones de lo finito y de lo infinito, de la suerte de la humanidad. ¿Quién podrá asistir con indiferencia á es-

<sup>1</sup> Arte poética.

<sup>2</sup> 1<sup>a</sup> Corint., cap. 15.

te inmenso drama? Espectadores de la lucha nosotros, somos asimismo actores interesados; porque la victoria, puede ser nuestra victoria, y la derrota nuestra derrota. ¿Quiénes serán los vencedores? ¿quiénes serán los vencidos?... ¡Terrible alternativa! Si la cruz sucumbe, el error y la corrupción, Satanás y la muerte afianzarán su reinado. Si la cruz triunfa, con ella triunfarán la verdad y la virtud, Jesucristo y la vida. ¡Profeta! calma nuestra ansiedad mortal, disipa nuestros temores, dínos, ¿quién reinará?

"¡Armaos de vuestra espada, oh el mas poderoso de los Reyes! Revestios de vuestro esplendor y de vuestra gloria, y en vuestra majestad marchad á la victoria. Subid al carro de la verdad, de la clemencia y de la justicia, y vuestra diestra se distinguirá por las maravillas. Vuestras flechas son ardientes; los pueblos caerán á vuestros piés; ellas penetrarán en el corazón de los enemigos de mi Rey. Vuestro trono, ¡oh Dios! es un trono eterno; el cetro de la equidad es el cetro de vuestro imperio."<sup>1</sup>

## CAPITULO XVIII.

### Las primeras conquistas de la Cruz.

Antes de dejar la tierra, Jesucristo habia recomendado á sus discípulos el no salir de Jerusalem para marchar á la conquista del mundo antes de haber recibido el cumplimiento de las promesas del Padre. "Vosotros recibiréis, les dijo, la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y me rendiréis testimonio *en Jerusalem, en toda la Judea y hasta en las estremidades de la tierra.*" Fieles á estas instruc-

<sup>1</sup> Salmo 44.